

Raggio, Sandra (2017). *Memorias de la Noche de los Lápices. Tensiones, variaciones y conflictos en los modos de narrar el pasado reciente*. La Plata/ Posadas/ Los Polvorines: UNLP/ UNaM/ UNGS, 216 páginas.

por Daniela Pighin

Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina

danielapighin@hotmail.com.ar

En 2017 se publicó “Memorias de la Noche de los Lápices. Tensiones, variaciones y conflictos en los modos de narrar el pasado reciente”, investigación de la historiadora Sandra Raggio que forma parte de la colección de acceso abierto “Entre los libros de la buena memoria” impulsada por las Universidades Nacionales de La Plata, Misiones y General Sarmiento. Se trata de una publicación derivada de la tesis de maestría que Raggio defendió en 2010. Si bien, la autora ya ha publicado resultados de dicha investigación, el presente libro da cuenta conjunta y sistemática de las múltiples memorias en torno a la Noche de los Lápices, así como de los modos de transmisión del pasado reciente. La autora deconstruye e historiza el relato cerrado sobre el secuestro, tortura y desaparición de un grupo de jóvenes de la ciudad de La Plata y da cuenta de la disputas y sentidos en torno a ello.

El trabajo de Sandra Raggio es un aporte enriquecedor para el campo de la Historia Reciente por su sistematicidad al indagar sobre los procesos de elaboración de las memorias de la última dictadura militar y, al mismo tiempo, por brindar herramientas para pensar la transmisión del pasado reciente en las escuelas. Para la autora el relato dominante sobre la Noche de los Lápices es una construcción fruto del contexto de recuperación democrática que buscaba dar una respuesta tranquilizadora a una sociedad afectada por el Terrorismo de Estado.

El libro cuenta con 216 páginas distribuidas en cinco capítulos. En el primer capítulo, “Denunciar el terrorismo de Estado”, la autora analiza la genealogía del nombre “La noche de los Lápices”, sosteniendo que no es contemporáneo a los hechos ya que no existe alusión oficial a ese operativo. Argumenta que se trata de una construcción posterior, elaborada a partir de testimonios parciales y dispersos de denuncia y repudio, a la que se le otorga entidad como si hubiese sido originada por la misma Dictadura. Raggio identifica su origen en las versiones del CELS, la CONADEP y el Nunca Más. Allí, se le otorgan las características de operativo de secuestro diseñado específicamente en contra de estudiantes secundarios vinculados al reclamo por el boleto escolar.

En el segundo capítulo, “El relato en la Justicia”, la investigadora analiza los testimonios de Pablo Díaz y Nelva Falcone en sede judicial manifestando cómo estas declaraciones no solo relataron hechos sino que le otorgaron sentidos. De este modo, el secuestro, los interrogatorios, la tortura fueron narrados frente a los jueces desde la figura de hipervíctimas; haciendo hincapié en la edad de los secuestrados, en su condición de estudiantes y en la inocencia como símbolo de normalidad, omitiendo cualquier referencia a militancia o afiliación político partidaria. Asimismo, se asocia a los secuestros como respuesta al reclamo por el boleto escolar secundario y se postula a los militares como la encarnación del mal absoluto. De este modo, para Raggio, Pablo Díaz se transformó en el emblema del relato “porque funcionaba como metonimia de un modo de narrar el pasado, enmarcada en un “discurso humanitario que ocluía la política como clave explicativa de la violencia estatal” (pág. 101).

En los capítulos tres y cuatro, la investigadora demuestra cómo el relato dominante sobre la Noche de los Lápices tuvo su argumento inicial apoyado en la legitimidad que le otorgaba la CONADEP y la Justicia, para luego, circular de forma masiva a través de la investigación periodística que dio lugar al libro de María Seoane y Héctor Ruíz Núñez y de la Película de Héctor Olivera. Respecto al libro, la historiadora identifica los elementos-base del relato que aún continúan

vigentes: la despolitización de las víctimas, asociándolas a un activismo reivindicativo; la asociación de los reclamos por el boleto escolar como causa directa del secuestro; la existencia de un plan represivo denominado “La noche de los Lápices”; la desproporción entre las acciones de las víctimas y las de los victimarios; y el testimonio de Pablo Díaz como enlace de toda la obra. Por su parte, el cuarto capítulo, centrado en la película, indaga sobre qué miradas y testimonios están presentes en el filme dirigido por Héctor Olivera en 1986. Raggio analiza su vigencia como herramienta pedagógica y como primera representación de la experiencia concentracionaria, dando cuenta de cómo la película refuerza la tesis sostenida en el libro a través de los mecanismos estéticos propios de la cinematografía

De este modo, la investigadora sintetiza cómo ambos elementos se constituyeron en herramientas pedagógicas al narrar el pasado sin complejidades, al remitir a una idea simple y reivindicativa de la participación en política; al ofrecer certezas sobre las causas del Terrorismo de Estado; y al evitar las referencias a una “zona gris” que juzgara el rol de la sociedad.

Finalmente, el capítulo cinco, “Los otros testigos de la historia” da cuenta del surgimiento de memorias en clave militante. Se trata de los testimonios de los sobrevivientes que no se reconocen en la historia dominante y que, como punto de contacto entre sí, quedaron excluidos del relato oficial, haciendo evidentes las disputas por el pasado y sus usos públicos. Así, se analizan, principalmente, las versiones de Emilce Moler, Gustavo Calotti y de Jorge Falcone, hermano de María Claudia, quienes resaltan una tesitura diferente a la encabezada por Pablo Díaz. De este modo, rompen con el relato lineal sobre una adolescencia inocente e ingenua dando cuenta de la represión como destino para los militantes con un proyecto político y no sobre acciones reivindicativas como el boleto escolar. Estos sobrevivientes narran sus historias lejos de la ingenuidad y actuando en un contexto complejo y peligroso. En este sentido, según Raggio, “Son sus propias acciones las que los constituyeron en enemigos de la dictadura y no un hecho, al que algunos consideran fortuito, el de haber participado en una marcha por el boleto escolar” (pág. 183). Asimismo, para la autora, estas memorias no fueron incluidas en la historia oficial al ser juzgados por su condición de sobrevivientes que callaron, por no haber dicho sobre el pasado lo que la sociedad esperaba que digan.

En síntesis, las herramientas de la investigación que Sandra Raggio presenta en su libro, demuestran que es necesario romper con la lógica hegemónica que narra a la Noche de los Lápices como un relato ejemplificador y renovar los modos en que los jóvenes se acercan y se incluyen en la Historia Reciente. Sería interesante romper con el mito que recubre el relato, que convierte a los desaparecidos en mártires y en modelos a seguir, en tanto ello convoca al desarrollo de una historia simplista y maniquea que impide procesos de interpretación y de apropiación vinculados al contexto actual.

Sería apropiado que los aportes de Raggio excedan el ámbito académico y se analicen de modo sistemático en el campo de la formación y especialización docente. De éste modo, se podrían generar espacios para romper con el relato dominante, para dar lugar a nuevas voces e interpretaciones y para permitir su significación en el presente. Cuestionar e indagar los testimonios es una tarea que los docentes deben saber introducir en las aulas. Si desde el proceso de formación, los futuros profesores no conciben la disciplina como un campo de disputas sino como un recorrido lineal de causas y efectos, no podrán incentivar en los estudiantes procesos críticos e interpretativos. En este sentido, para Sandra Raggio, la Noche de los Lápices es el mejor ejemplo de cómo “(...) el episodio más conocido, la película más vista y la movilización anual de los colegios recuerdan un recuerdo falso” (pág. 185). No se trata de eliminar el libro o la película del proceso de enseñanza sino de analizarlos como productos construidos en el contexto de retorno a la democracia; es decir, como una memoria más en disputa.